

Iglesia Católica y sociedad cubana

Por P. MARCIANO GARCÍA, ocd

1.- Aspectos generales de la cuestión



Cómo puede la Iglesia servir a todos los cubanos?

Parece obvio que la Iglesia Católica puede aportar elementos positivos a las sociedades en medio de las cuales vive. Pero, dado el caso de que en Cuba la relación de la Iglesia Católica en la sociedad es muy específica, la cuestión cobra un interés especial. Doy por descontado que cualquier aporte que haga la Iglesia Católica en Cuba a la sociedad será siempre dentro de los parámetros universales de la actuación de la Iglesia Católica en todas las partes del mundo.

La pregunta concreta es esta: ¿Qué aporte puede brindar la Iglesia Católica al desarrollo de la sociedad cubana actual? En primer lugar, no de ninguna manera distinta a como ayude a la sociedad de cualquier otro país, porque la Iglesia Católica es una y tiene un solo mensaje que comunicar. En segundo lugar, teniendo en cuenta las condiciones concretas en Cuba hoy.

a) Formas universales de la acción de la Iglesia

Entonces, veamos en primer lugar cómo puede aportar su ayuda la Iglesia a cualquier sociedad. La pregunta en general es: ¿Cómo puede la Iglesia Católica ayudar a cualquier sociedad? Y la respuesta será necesariamente esta: haciendo buenos cristianos a los ciudadanos. Y de ningún otro modo. Pero las cosas no son sencillas. Para situar debidamente la cuestión es necesario hacer algunas precisiones.

En primer lugar hay que señalar la distinción entre comunidad y sociedad propiamente dicha. Con la palabra comunidad se indica aquel conjunto de relaciones reales que existe entre los miembros del grupo independiente de cualquier ordenamiento jurídico, mientras que con la palabra sociedad se designa precisamente el ordenamiento jurídico del grupo. En la comunidad son muy importantes las relaciones afectivas, la comunión entre los miembros de la misma, la amistad, la confianza, los afectos, todas aquellas cosas que hacen humana y agradable la convivencia.

La pregunta deberá ser precisada así: ¿cómo puede la Iglesia Católica ayudar a la comunidad? O lo que es lo mismo, ¿cómo puede ayudar a que las relaciones entre las personas, miembros de la comunidad, sean más afectuosas, agradables y creativas? Y la respuesta vuelve a ser la misma: haciendo buenos cristianos. Y ahora la pregunta se traslada al término fundamental de la respuesta, ¿qué es ser un buen cristiano? Esta viene a ser la cuestión definitiva, ¿quién es un buen cristiano?

La pregunta, después de 20 siglos de cristianismo, se puede volver muy problemática. A lo largo de estos siglos, ¿quiénes han sido buenos cristianos? Y la respuesta no será fácil para nadie, ni para los historiadores, ni para los teólogos, ni para los canonistas. Pero es posible hacer una presunción y decir “buenos cristianos son aquellos que logran conformar su vida a las máximas del Evangelio”.

Y ahora la pregunta se torna más difícil aun, pues tampoco resulta fácil definir las máximas del Evangelio.

Pero hagamos un intento y digamos que las exigencias básicas del Evangelio son las siguientes:

- Este es el mandamiento mío: que se amen unos a otros como yo los he amado (Jn 15, 12, 17).
- Amen a sus enemigos, hagan bien a los que los odian, bendigan a los que los maldicen, recen por los que los injurian. Al que te pegue en una mejilla, preséntale la otra; al que te quite la capa, déjale también la túnica. A todo el

que te pide, dale; al que se lleve lo tuyo no se lo reclames. Así, pues, traten a los demás como quieren que ellos traten a ustedes (Lc 6, 27-31).

Si aceptamos que la práctica de un amor universal e incondicionado es el mandato de Jesús y que ser buen cristiano es práctica de amor, se puede iniciar una respuesta más concreta a la pregunta enunciada ya concretamente, ¿cómo pueden los cristianos ayudar a su comunidad?

Pueden ayudar a su comunidad viviendo en medio de ella un amor universal e incondicionado, siendo ejemplos vivos de ese amor que está en el deseo más hondo de todos.

Y nace la pregunta, ¿solo viviendo? ¿No hay también que anunciarlo y denunciar su falta cuando sea ignorado?

Esta cuestión está hoy relacionada con la otra cuestión de la situación de los dichos “derechos humanos”. Esta es ciertamente una cuestión politizada, ideologizada, problematizada.

Parece que quien viva el amor universal incondicionado cumple ya con todos los derechos humanos establecidos o por establecer. Así evitará convertir ese discurso acerca de los derechos humanos en un recurso político que termina ignorando quizá los mismos derechos humanos que proclama.

El otro sentido de la pregunta fundamental es ¿cómo puede la Iglesia Católica ayudar a la sociedad? Y el concepto de sociedad nos lleva a distinguir entre el acto de establecer las leyes rectoras de la misma y el de cumplirlas. Respecto del primer aspecto, en lo que se refiere al establecimiento de las leyes, la Iglesia Católica, como parte de una opinión pública, tiene una posibilidad de hacer oír sus opiniones allí donde tiene los medios para hacerlo. Pero no bastaría con tener esos medios, necesitaría también, poseer un fondo de credibilidad que hiciera su palabra digna de atención.

Existe un cuerpo de doctrinas sociales en la Iglesia Católica que podría aspirar a esa categoría, pero tengo la impresión de que no goza de un reconocimiento y aprecio que la haga popular, quizá por el hecho mismo de ser formulada en términos muy técnicos. La verdad parece ser que una gran mayoría de legisladores católicos no la conocen profundamente y, consiguientemente, tampoco la tienen muy en cuenta.

En cuanto al aspecto de cumplir las leyes establecidas, existe una larga tradición de obediencia a las leyes vigentes, fundada, sobre todo, en la creencia de que tales leyes eran expresión de la voluntad divina. Hoy existe otra conciencia, pero es bueno recordar que la relación del individuo con la comunidad exige, por razón del bien común, la observancia de leyes establecidas aun si se tiene la conciencia de su injusticia; lo contrario llevaría a un desorden peor.

Aquí surge la cuestión de la legitimidad de la desobediencia civil, la rebelión, y las acciones violentas contra sistemas dictatoriales establecidos. El último juicio respecto de la moralidad de tales acciones es necesariamente coyuntural, depende de situaciones concretas. Si la acción sólo produjera males peores que los presentes, no podría ser justificada.

La estrategia del cristianismo de los primeros siglos de persecución no fue la rebelión contra los poderes establecidos.

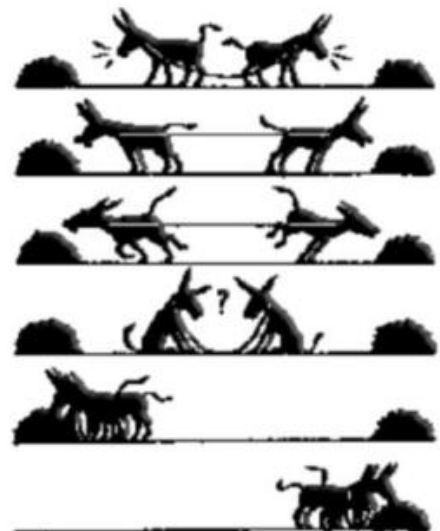
Aquellos cristianos vivieron su fe y crearon entre ellos una república espiritual que no estaba en conflicto con las instituciones, lo que no les bastó para evitar la persecución.

b) Condiciones de cada lugar

En segundo término, hay que tener en cuenta las condiciones particulares de cada lugar. Cuando el número de los creyentes es grande y su influjo en la comunidad es fuerte, la posición de la Iglesia ante la comunidad civil está

Espacio Laical 2/2007

Parábola del convivir



respaldada por esa situación de mayoría. Se podría admitir que su capacidad de influjo tiene la categoría que tienen las mayorías. Llamemos a esta situación mayoritaria posición fuerte. En este caso su influjo puede ser notable. En otras circunstancias la Iglesia puede estar en una situación de minoría, porque sus fieles son pocos y su influjo en el grupo no resulta preponderante.

A esta situación la podemos llamar posición débil. Y en este caso su influjo no puede ser fuerte en sí mismo.

Así es necesario comenzar determinando cuál es la situación de la Iglesia Católica en Cuba.

2. La situación de la Iglesia Católica en Cuba

Para responder a la pregunta concreta, ¿cómo puede la Iglesia Católica ayudar a la sociedad cubana actual?, hay que partir del hecho de que la Iglesia Católica cubana es una minoría, pero no una simple minoría, sino una minoría sospechada. Ignorar este hecho implica situarse fuera de la realidad.

El que la Iglesia Católica cubana tenga el respaldo de toda la gran Iglesia universal, no la constituye en mayoría dentro del País, no la pone en una posición fuerte. Habrá que partir del hecho de que todo lo que la Iglesia Católica en Cuba haga de bueno o malo, lo hace una minoría cuestionada, sumamente débil desde el punto de vista político y popular.

La pregunta por el poder de influir en la actual sociedad que pueda tener la Iglesia Católica cubana remite a esta otra cuestión previa: ¿cómo pueden las minorías sospechadas aportar algo a las mayorías autorizadas? Y la respuesta es obvia: ganándose el favor de las mayorías.

No puede ser luchando contra ellas, una oposición cerrada de una minoría contra la mayoría no puede resultar en aporte. En este caso las mayorías aplastarían sin remedio a la minoría.

Y esto, tan fácil de decir, origina difíciles preguntas, entre ellas: ¿Cómo puede una minoría ganarse el favor de la mayoría sin dejar de ser ella misma? Una minoría que no encontrara absolutamente coincidencia alguna con la mayoría, que todo le sea conflictivo, no puede subsistir, se disuelve, emigra, desaparece.

Queda la otra posibilidad, potenciar las coincidencias, aquellos valores afines a las dos entidades. Los cristianos de los primeros tiempos tuvieron la idea de que ellos representaban lo mejor de cada pueblo, no se sentían extraños, aunque fueran extrañados, en virtud de aquello que los diferenciaba de los demás.

¿Qué afinidades puede haber entre los pocos ciudadanos cubanos católicos sospechados y los no católicos que son, supuestamente, muchos y reconocidos?

La pregunta así formulada nos debe guiar más hondamente a la comprensión de la objetividad existencial. No se trata de una sociedad secular simplemente. Se trata de una sociedad comprometida con un proceso revolucionario socialista, tal cual es presentado por los poderes vigentes en la actualidad como la única opción para los ciudadanos.

Por lo tanto la pregunta concreta sería esta:

¿Qué afinidades se dan entre la Iglesia Católica y el proyecto de la Revolución? Y bajando la pregunta al nivel de los laicos, ¿qué posibilidades de encuentro se dan entre los laicos católicos y los no católicos cubanos? Si ambos se confiesan revolucionarios, es decir, conformes con el proyecto, la cuestión gira en una dirección; si uno se confiesa conforme con el proyecto y el otro no, la situación es evidentemente otra

a) Los diversos lenguajes

Al principio del proceso se dio por supuesto que los católicos no podían ser revolucionarios, ni los revolucionarios podían ser católicos, o creyentes de ninguna religión. En esta tesitura los aportes eran imposibles. Pasada esta etapa, dada la posibilidad de que sí puedan los creyentes ser revolucionarios y éstos, a su vez, creyentes, la cuestión se plantea de otra manera. ¿Tiene la Iglesia Católica elementos nacidos de su fe que puedan ser significativos para el proyecto revolucionario? ¿Se da alguna afinidad entre ambas realidades?

Quien responda que ninguna, que no hay coincidencia alguna, habrá cerrado todas las puertas a un posible aporte por falta absoluta de entendimiento. No hay lugar para un aporte positivo, esta minoría Católica no tiene nada que ofrecer aceptable para el proceso revolucionario que supuestamente acepta la mayoría. Quedaría como única posibilidad la confrontación, la oposición cerrada.

Cuando esta idea fue aceptada por ambas partes como única realidad, unos y otros solo pudieron mirarse como enemigos irreconciliables. Esta posición, que esconde en sus supuestos internos un alto grado de maniqueísmo, es la asumida por muchos cubanos del exilio, no por todos, ciertamente, por algunos dentro y también por distintos fanáticos del proyecto.

Quien pueda señalar afinidades importantes, estará haciendo posible la relación mutua positiva, y se podría pasar de una situación de sospecha a otra de confianza y así se podría hablar de la posibilidad de aportes positivos reales.

b) Las presunciones

Sin embargo, una difícil complejidad afecta a la realidad, originada por dos diversas presunciones. Una presunción es la de que la adhesión manifestada es real y responde a los sentimientos internos de las personas. La otra presunción supone que la adhesión que la mayoría da al proyecto de sociedad actual es aparente, no real. Esta presunción de falsedad de la adhesión implica que se hablan dos lenguajes, uno oficial y otro privado, oculto, no confesado públicamente, ulterior. Esto determina que el diálogo tenga necesariamente dos niveles, el explícito, que responde al discurso oficial, y el subyacente que responde a una intención oculta que solo se manifiesta en privado. Así la expresión del consenso tiene dos sentidos, el explícito y el ulterior. En el lenguaje público se apoya el proyecto, en el lenguaje interior, se niega. Desde esta posición aparece claro que la conducta seguida por las mayorías es una estrategia de protección, como forma de estar dentro de la situación con un rango suficiente de seguridad, a fin de evitar la represión.

Esta sería la situación real, vista desde esta presunción de que el consenso mayoritario es fingido, lo cual no será aceptado desde la posición oficial y pública.

3. Las estrategias

La Iglesia jerárquica habla de pastoral, no de estrategia, pero, más allá de cualquier lenguaje, en el análisis sociológico, se estará llevando a cabo una estrategia. Así, pues, preguntemos, ¿qué estrategia seguir? Quienes deseen cooperar hoy con la comunidad cubana residente en la Isla deberán tener en cuenta la situación real para que sus acciones tengan la probabilidad de éxito. Llamemos estrategia a las posiciones que la Iglesia cubana adopta en la presente situación real de la comunidad con todas sus complejidades si quiere ser eficiente en su pastoral. En esta situación real presente en Cuba hoy ¿qué estrategia se podría adoptar?

Ahora entran en juego las posibles interpretaciones de la realidad actual. Pueden formarse dos ideas, la idea de que la gran mayoría del pueblo cubano no responde a los ideales del proyecto, aunque manifieste que sí, y la idea de que sí responde a esos ideales.

a) A partir de la presunción de un consenso simulado

Si se parte de la idea de que el apoyo brindado por los ciudadanos al proyecto no es leal sino que el sentimiento de rechazo al modelo es lo verdadero, las posibilidades teóricas son tres:

- brindar apoyo a los ciudadanos para que expresen libremente su rechazo al sistema,
- brindar apoyo los ciudadanos para que cambien esa situación de doblez por una adhesión convencida al sistema.
- mantener esa doble posición, justificándola

1- Apoyar el rechazo al sistema. Esta posición solo puede generar enfrentamientos negativos tanto frente a los ciudadanos como frente a las autoridades políticas.

Ante los ciudadanos se estaría utilizando como punto de partida descubrir un sentimiento que ellos han decidido mantener oculto y que no se manifiesta en los medios públicos de expresión. La opción es incitar a los ciudadanos a manifestar sus supuestamente verdaderos sentimientos, lo que ellos rechazan por las razones que sean y no podrán brindar ningún apoyo a quienes les lleven a esa situación. Si la Iglesia tomara esta decisión los ciudadanos

Espacio Laical 2/2007

tendrían que defenderse de ella porque se convierte en una amenaza para ellos y habría que hacer un discurso público contra la Iglesia misma.

Esa estrategia implica que los ciudadanos católicos deben asumir la posición de manifestar ellos mismos esa decisión y declararse disidentes y los pastores deben apoyar esa posición definiéndose ellos también como disidentes.

Ante las autoridades quienes asuman esa actitud de oposición se harán culpables de agentes contrarrevolucionarios y serán reprimidos, lo que la mayoría pública apoyará lógicamente.

2- Apoyar la legitimidad del consenso con el proyecto.

Esta estrategia pondría a la Iglesia alineada junto al sistema sin otra mayor trascendencia. Así no sería conflictiva con el discurso oficial y podría alcanzar un nivel de confianza que permita un diálogo oficial más abierto y productivo.

Su fuerza radicaría en la sinceridad y lucidez con que es adopte este compromiso y su debilidad en la falta de distancia para una posición independiente.

3- Mantener la doble supuesta posición. Esta tercera actitud haría un aporte de solidaridad con la supuesta situación existente, pero daría un incremento extra a una situación ya de por sí esquizofrénica, lo cual finalmente no sería ningún aporte beneficioso, ya que se tratar de presupuestos discutibles, de naturaleza psicótica, cuyo desarrollo nunca sería constructivo.

b) Partir de la suposición de un consenso legítimo.

La presunción de la sinceridad del apoyo manifestado tiene dos posibilidades: el respeto a esa opción o la negación de la validez de la misma.

1- Opción de respeto al consenso manifestado. En este caso la estrategia será la búsqueda de las afinidades posibles entre dicho proyecto, aceptado por la mayoría, y la fe Católica vivida con toda verdad por una pequeña minoría.

Es así puesto que se ha optado por respetar esa posición de dar valor a la adhesión expresada por las mayorías.

Es una estrategia posible y generadora de confianza en el campo de las sinceridades. Su gran problema es ese, que la sinceridad de lo expresado por las mayorías es cuestionable. Hacerse solidario de una expresión falsa nunca será un aporte creador.

2- En el supuesto de la negación de la validez de dicho consenso manifiesto, la estrategia sería convencer a los ciudadanos del error del proyecto, lo que implica que la catequesis envuelva elementos críticos contra el sistema desde puntos de vista políticos. Esto justificará plenamente la desconfianza del sistema respecto de la Iglesia y deberá verla como implicada en una posición política contrarrevolucionaria. No se ve de ninguna manera que esta estrategia aporte elementos positivos para la actual sociedad cubana, ni tampoco para ninguna posible futura.

Esta posición tiene como fundamento previo que se ha optado por la posición capitalista como única alternativa y esto está lejos de ser una verdad demostrada. Hay muchos reparos que hacerle al sistema capitalista.

c) La posibilidad restante.

En realidad, el aporte que la Iglesia Católica cubana puede hacer a la actual sociedad, no está en la dirección de ninguna de estas estrategias. Ni en contra, ni a favor, ni en una posición neutral. ¿Cómo entonces?

Para situar bien la cuestión comencemos afirmando que la minoría no puede salvar a la mayoría, no puede ponerse en el presupuesto de salvadora de la mayoría. Siempre será falso que pueda hacerlo.

La meta es lograr una sociedad de personas modestas, serviciales, espirituales, generosas, que tienen la humanidad por patria, y la posibilidad real de expresar sin temor sus opciones, porque eso es lo que sueña cada ser humano y eso es lo que se debía esperar que fuera una humanidad que realiza el reino de Dios.

No existen minorías superiores capaces de salvar a las mayorías. La ayuda a conspirar contra lo que las mayorías supuestamente apoyan no será nunca una tarea exitosa para las minorías, independientemente de que el apoyo de las mayorías sea real o aparente. Las minorías sospechadas no pueden aportar ayuda a lo que las mayorías supuestamente sienten, pero niegan el foro público.

1- En el campo de las afinidades. Cuando un creyente encuentra grandes afinidades con el proyecto y lo apoya, su aporte personal puede ser mayor o menor según sus dones y posibilidades, pero lo pondrá enfrente de quienes no comparten su criterio. Esta posición sería positiva desde el punto de vista del acercamiento entre los que dirigen el proyecto y esta persona. Pero esta no es exactamente la posición de la Iglesia Católica cubana que ha preferido guardar una cierta distancia, lo que podría calificarse de cualquier manera.

2- La sinceridad. Las minorías cristianas, Católicas, solo pueden ofrecer una comunión de ideales cuando no hay ambigüedad. La sinceridad es parte esencial del cristiano.

Pero su oferta, para ser conforme al Evangelio, implica siempre una idea inviolable: se trata de poner a todos a favor de todos, de buscar juntos los nuevos caminos en que el amor universal se pueda expresar. Esto no lo puede hacer nadie que no lo viva, que no pueda unir en su corazón los extremos más opuestos imaginables.

Esto lo alcanzan los mejores cristianos, los más excelentes.

3- En el universo de las personas. Es necesario tener muy claro que las personas son más que los sistemas y las políticas, y que no se trata nunca de que unos prevalezcan sobre otros, sino de que unos y otros encuentren más allá de sus divisiones actuales los objetivos comunes soñados por ambos.

Claro está, eso no existe en ninguna parte. Es una utopía. Esta es precisamente la forma que tiene la Iglesia de ayudar a la sociedad, lo mismo si es minoritaria que si es mayoritaria. La Iglesia busca el reino de Dios y ese reino es su utopía, en cualquier lugar donde se encuentre la Iglesia.

4- Lo que no puede ser. La manera de ayudar la Iglesia cubana a la sociedad actual, no puede ser la conspiración, ni la resistencia, ni la oposición soterrada al sistema, ni tampoco al apoyo incondicionado. Solo puede ser la utopía de una sociedad cubana en que sea real el amor universal de todos para con todos. Y esto no basta decirlo con palabras, hay que revelarlo con la vivencia misma de tal amor.

La crítica al presente, a los fallos del presente, no es un aporte significativo, simplemente, porque no aporta una solución real válida. Nadie está de acuerdo con tales situaciones. Es demasiado complejo y depende simplemente del querer de alguien. Para comprender el camino que debe ser recorrido para alcanzar una significación válida hay que tener en cuenta algunas cosas básicas.

Es cierto que lo mejor del futuro está naciendo de lo mejor del presente. Pero lo mejor del presente está envuelto en todo lo que lo acompaña, incluso lo peor, ya que no hay trigo sin cizaña. Quienes puedan descubrir eso mejor del presente, separarlo y proyectarlo como esperanza, estarán haciendo aportes positivos a la comunidad, a la sociedad.

5- Lo que podría ser. Creo que la posibilidad mayor de la Iglesia cubana hoy, jerarquía y fieles, es ayudar a descubrir esos filones que están en el presente cargados de ilusiones utópicas, no realizados todavía, pero abiertos al mañana. La meta es lograr una sociedad de personas modestas, serviciales, espirituales, generosas, que tienen la humanidad por patria, y la posibilidad real de expresar sin temor sus opciones, porque eso es lo que sueña cada ser humano y eso es lo que se debía esperar que fuera una humanidad que realiza el reino de Dios.

6- La afinidad real. Esta sería una afinidad real, aunque ardua, incluso para los más fervorosos católicos no menos que para los más fervorosos revolucionarios, empleando el lenguaje usado entre nosotros. Solo podrán lograrlo los mejores y el aporte de la Iglesia Católica en Cuba hoy, como en cualquier otra parte, es ese, ayudar a sus fieles a ser mejores cristianos, mejores personas, y hasta donde se pueda, ayudarlos a ser excelentes seres humanos. Entonces todo es posible.

d) Esta oportunidad

Una Iglesia que vive dentro de una experiencia socialista, tiene la oportunidad de ahondar en ella, trascender sus limitaciones presentes, y vislumbrar qué posibilidades reales encierra este sueño de la humanidad, hasta ahora nunca cabalmente logrado, de igualdad, de justicia para todos, en la que se exprese un amor que no deja a nadie en el olvido. Porque ese es el sueño de Jesús de Nazaret.

El capitalismo no lo ha realizado. Nadie puede demostrar que sea la única opción. La puerta que sigue abierta. La aventura es seguir los posibles derroteros que puedan acercarnos a ese mundo fraterno en que cada uno se sienta solidario de cada otro.

En esta utopía quizá pueda darse que cada cristiano encarna un revolucionario y cada revolucionario lleva dentro un alma cristiana. Propiciar encuentros que abran en las más altas esperanzas ese sueño de toda la humanidad quizá sea un aporte valioso. Solo pueden aportarlo en la Iglesia quienes hayan alcanzado una plenitud de amor cristiano. Ayudar a los fieles a vivir este amor divino es tarea principal, no única, de la jerarquía, irradiarlo a la sociedad es tarea de todos, jerarquía y fieles. Entonces, y definitivamente, el aporte de la Iglesia a la sociedad cubana, como a cualquier otra, es el de realizar el amor cristiano.

BÚSQUEDA